

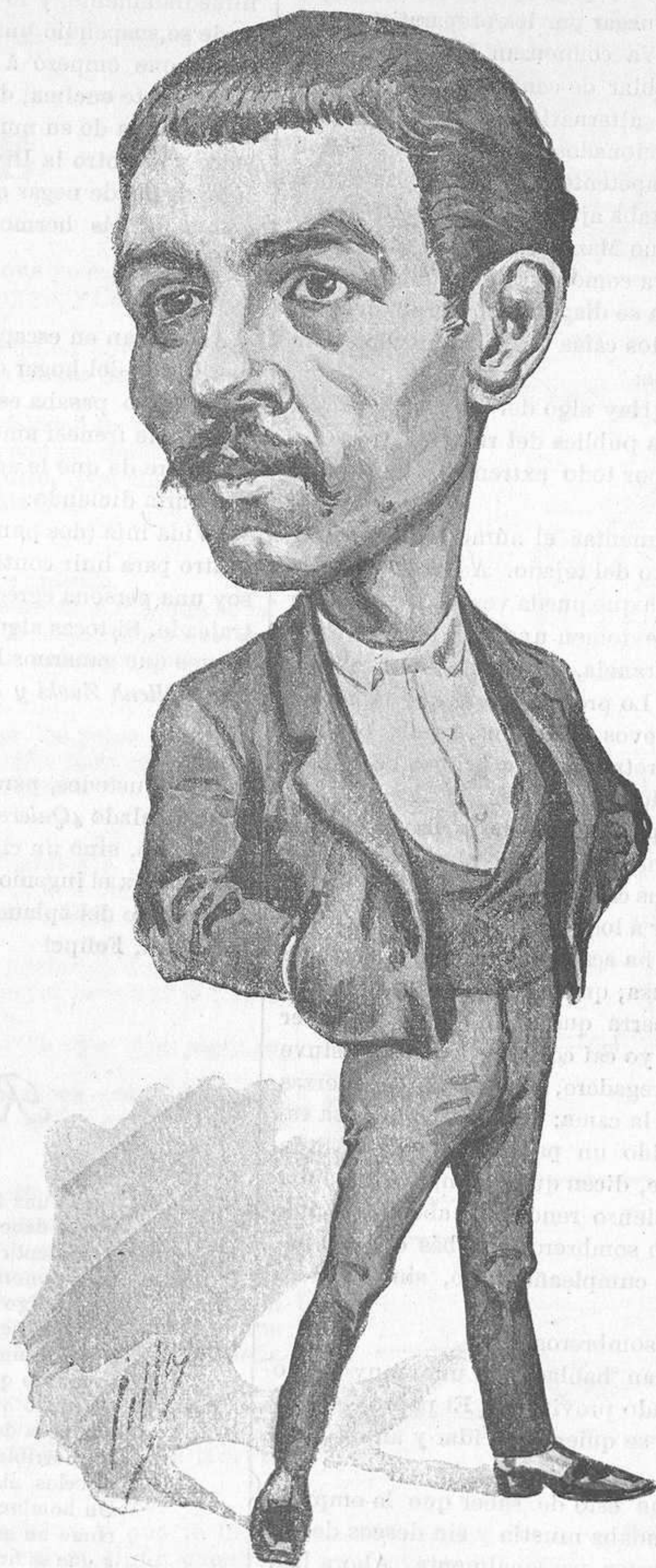


Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Emilio Carreras.)



—Donde otros quedan en cueros
yo encuentro un río Pactolo.
¿Cómo? Trabajando solo
con cuatro banderilleros.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Remordimientos, por Luis de Ansorena.—Palique, por Clarín.—La experiencia, por Sinesio Delgado.—Silverio Pita, por Juan Pérez Zúñiga.—El Cristo milagroso, por Ricardo Monasterio.—Los hijos, por Eduardo de Palacio.—La mayor calamidad, por Gabriel Merino.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Emilio Carreras.—Tristeza del bien perdido.—¡A buena hora!—Variedades (cinco viñetas).—Exceso de celo (dos viñetas), por Cilla.



Los aficionados taurinos están de enhorabuena, porque la próxima temporada va á ser notable, á juzgar por los preparativos.

Ya comienzan los periódicos á hablar de contratas, de ganado y de alternativas. Hasta ahora los aficionados permanecían tristes é inapetentes, porque no sabían si estaba ajustado por fin el *Guerra*,

y hasta se había llegado á decir que Mazzantini iba á cortarse el pelo para ingresar en la alta Cámara como senador vitalicio.

Desde que se sabe que la empresa se dispone á hacernos felices, los verdaderos taurófilos acuden á los cafés todas las noches para saber noticias, y preguntan afanosos:

—¿Se sabe quién viene por fin? ¿Hay algo del *Lagartijillo*? ¿Es cierto que vuelve el *Conejo* á la vida pública del ruedo?

Circulan noticias extravagantes por todo extremo, y hay quien dice:

— Parece que la empresa va á aumentar el número de localidades, poniendo banquetas en el alero del tejado. Además, trata de colgar trapecios desde los palcos para que pueda verse la corrida por un precio módico. Á las señoras que tomen una localidad de éstas se les exige el uso de pantalón de franela, abrochado en el tobillo, para evitar miradas pecaminosas. Lo probable será que la nueva empresa, en su afán de ofrecer nuevos atractivos, regale bonos á los espectadores para que puedan retratarse por grupos de á diez, ó cortarse el pelo por tandas de á doce.

Estos días se habla de grandes proyectos para la próxima temporada, y muchos que habían pensado dejar el abono vuelven á sentir la fiebre taurina con todas sus consecuencias.

—Yo estaba resuelto á no volver á los toros—dice uno,—porque estoy convencido de que el arte se ha acabado y porque además he tenido muchos disgustos en mi casa, que me han quitado el humor. Primero se me murió una perra que nos había visto nacer á todos, como quien dice; después yo caí con las viruelas y estuve catorce días boca abajo sobre el fregadero, pues no había fuerzas humanas que me hicieran irme á la cama; después mi esposa estuvo á la muerte por haber comido un panecillo de San Antón pintado de azul. Pero, francamente, dicen que la empresa va á dar mucho gusto á los aficionados, y pienso renovar el abono. Lo único que siento es haber vendido un sombrero cordobés que me había regalado *Badila* el día de mi cumpleaños. Yo, sin sombrero cordobés, no sé ir á los toros.

—Ahora están muy baratos los sombreros.

—Pero no son legítimos. Me han hablado de uno muy bueno que vende uno que ha sido diputado provincial. El pobre está haciendo almoneda de todo, porque se quiere suicidar y antes desea dejar bien equipada á la familia.

No hay nada más halagador que esto de saber que la empresa va á hacernos felices. La gente andaba mustia y sin deseos de gozar ni de conocer á Navarro Reverter personalmente. Ahora han variado las fisonomías, y hasta parece que el sol calienta más.

En casa de los verdaderos aficionados es donde más se advierte esta influencia bienhechora.

—¡Ay!—nos decía D.^a Rosario, la esposa de don Trifino, abonado perpetuo á la contrabarrera del 1.—No sabe usted cuánto me

alegro de que se haya arreglado eso de los toros y de que venga el *Guerrita*.

—¿Por qué?

—Porque Trifino es otro hombre desde el lunes. Estaba pasando unos días horribles; él, que siempre había sido atento con todo el mundo, no podía soportar últimamente la presencia de nadie. Un día vino á vernos una vecina que estaba fuera de cuenta, y Trifino la recibió con tan malos modos que la infeliz, asustada, dió á luz arrimada á la cómoda. ¡Ay, qué dichosos toros! No ha visto usted hombre como el mío; ya se figuraba que no iba á haber corridas y que tendría que pasar las tardes de los domingos metido en casa, jugando conmigo á la brisca: sólo esta idea le traía tan preocupado que sin venir á cuento regañaba á la criada y dejaba sin postre á los niños. Yo misma tengo este hombro lleno de cardenales, porque á cada paso me llamaba como para hablarme al oído y de pronto ¡ham! me clavaba los dientes. Ahora, desde que sabe que toreará el *Guerrita*, es otro hombre, y lo primero que ha hecho ha sido mandarme que le vuelva una americana corta del año pasado para estrenarla en la primera corrida.

—¿De manera que no puede vivir sin toros?

—No, señor; ya decía él que si los suprimieran se envenenaba inmediatamente; y lo haría como lo dice, porque recuerdo que una tarde se suspendió una corrida á causa del temporal, y fué tal su rabia, que empezó á morder la caja de los fósforos y á beber aguardiente encima; después se puso á escribir al juez diciendo que la culpa de su muerte la tenía la empresa de la plaza por un lado, y por otro la Divina Providencia.

No se puede negar que la afición á los toros existe más vehementemente y más hermosa que nunca, digan lo que quieran los pesimistas.

* *

Ahora dan en escaparse las princesas, y en menos de dos meses han huído del hogar doméstico tres ó cuatro.

Antes no pasaba esto; pero se conoce que ahora ha entrado una especie de frenesí amoroso en ciertas familias augustas, y nadie está libre de que le ame cualquier princesa extranjera y le escriba una carta diciendo:

«Vida mía (dos puntos) Te espero en la Bombilla esta tarde á las cuatro para huir contigo. Vístete decentemente, pues ya sabes que soy una persona egregia y no está bien que ame á un hombre mal trajeado. Si tocas algún instrumento, tráetelo también, por si tenemos que ganarnos la vida en países remotos. Adiós, tuya, *Federica Hollenh Zuski y Fernández.*»

* *

Diré á ustedes, para concluir, que Felipe Pérez ha publicado un libro titulado *¿Quieres que te cuente un cuento?*

No uno, sino un ciento, contiene el precioso libro, y en todos ellos brilla el ingenio maravilloso del poeta sevillano y la gracia inagotable del aplaudido autor de *La gran vía*.

¡Choca, Felipe!

Luis Taboada.

★

Remordimientos.

«Es una tontería... ¡quién lo dudal Yo no debo pensar de esta manera, ni consentir que amarguen mis placeres estos remordimientos de conciencia.» Me lo digo mil veces, y no obstante, *aquel* recuerdo me conmueve y pesa sobre el alma, tal vez arrepentida, lo mismo que una mole gigantesca. ¡Cuidado que la historia es bien frecuente; que peca de vulgar, si de algo peca; sin horribles pasiones, ni conflictos, ni celos, ni arrebatos ni problemas! Un hombre joven, que su sangre siente como un martillo golpear sus venas, y que se finge imágenes divinas de amor, casi locura, cuando sueña. Una mujer, cansada de su oficio que á un trabajo constante la sujeta, decidida á dejarle cualquier día, á cambio... ¡claro está!... de lo que sea. Y una ocasión, cual cómplice al delirio

que yo sentía y al cansancio de ella,
un instante de fiebre... y un abrazo
que destroza unas alas cuando aprieta...
¡pero alas ya muy mustias que caerían
lo mismo entre los brazos de cualquiera!
Luego un adiós, sin llanto ni reproches,
ni airados ademanes de tragedia;
yo á seguir mi camino, indiferente,
y ella... á rodar, alegre y satisfecha
de trocar la fatiga de su oficio
por una vida apetecible... á medias.
No hubo en aquello ni traición ni engaño;
ni le hice votos de pasión eterna,
ni, al hallarme de nuevo, de su boca
se ha escapado jamás la menor queja.
—Este era —dice— mi destino... Estaba
aceptado por mí de larga fecha;—
y me arroja á la faz su loca risa,
y hace luego un mohín de indiferencia.
Pero yo... aunque comprendo que es muy tonto
pensar, en caso tal, de esta manera,
si me asomo á la boca del abismo
y la veo rodar como una piedra,
me acuerdo del pasado, y me acometen
estos remordimientos de conciencia,
que sin duda aquel día en que sus labios
buscaban otros, por la vez primera,
el pudor que escapaba halló en su huida
mi alma de par en par... ¡y entróse en ella!

Luis de Ansorena.

PALIQUE

—Oye, Gedeón, ¿por qué te empeñas en que yo sea Calínez y tú Gedeón, si es al revés, y quien es Gedeón soy yo, y Calínez eres tú?

—Entonces, ¿por qué me llamas Gedeón?

—Porque ya estoy hecho un lío, y no sé quién soy yo, ó quién es yo, mejor dicho, y vengo á ser un nuevo Sosías del Anfitrión de Plauto...

—Permíteme, Gedeón, que te diga que faltas á lo pactado; hemos convenido en que el erudito de la casa soy yo; déjate de Plautos y atente á Morlesín, y al flato de Campillo, y al chiste de repetir todos los días que eres diputado por Madrid.

—Los chistes son como la gota.

—¿La serena?

—No; la que *cavat lapidem non vi, sed sæpe cadendo*.

—¡Dale con la erudición! Así me comprometes á mí, que sé *mi gramática*, como diríais tú ó Ladevese, y á lo mejor tengo que responder de tus solecismos y barbarismos, por habernos obligado *in solidum* á ser graciosos y correctos.

—¿En qué te he ofendido, Calínez?

—¡Ahí es nada! Le cojo yo un gazapo, por los pelos del bigote, al cargante de *Clarín*, y tú le das á él ocasión para que llene de conejos de nuestro patio, con calabozos, el morral.

—¡Morrall!

—¿Qué? ¿Me insultas?

—No, hombre, no; cometo el defecto de batología que nosotros le censuramos á Federico Balart, de quien tú te burlas en *Gedeón*, donde no firmas, y de quien no te atreves á burlarte en un artículo que le dedicas y que firmas.

—No divagues. *Clarín* te cogió muchos adefesios del núm. 61, y me echó á mí la culpa de ellos; y para mayor *inri*, á ti te llamó gracioso y á mí pedante. Esto clama al cielo.

—Chico, qué quieres, ¡la solidaridad! Pero oye, oye; algunos disparates eran tuyos...

—Pero ya ves que he replicado (y tú no sabes quién replica á quién) que mis defectos ú otros parecidos los había también en Fr. Luis de León, Mariana, etc., etc.

—Pero no lo probaste.

—Porque tú eres ante todo diputado por Madrid.

—Ya ves como á ti te sirven mis chistes cuando se ve apurada tu erudición. Además, yo también demostré que lo de morar de asiento no estaba mal, porque Cervantes decía *morar de por vida*.

—Que es otra cosa, como te probó *Clarín* en el *Heraldo*. ¡No me hables de eso! No me hables de lo que tú replicaste á *Clarín* en tus *Jueves*. ¡Oh, más te hubiera valido que fuese llegada la semana que no tiene jueves!

—Pues, chico, á mí me consta que á *Clarín* le hizo gracia el desparramo con que me sacudí las moscas, y que me alabó, porque ni vanidad ni veneno se podía ver en mi rectificación. Y á ti no te contestó siquiera.

—Por miedo.

—Ó por desdén. Sé que le eres muy antipático, y que te llama Menéndez Pelayo *pour rire*, y que te va á sacar en algún cuento ó novela que publicará un periódico en que tú también escribes. En fin, que te cayó que hacer con *Clarín*. Y eso que *illo tempore* le copiabas ideas y gustos, que tú explicabas en estilo pseudo-clásico; y el pobre Pérez Galdós, que es un gran artista, pero que no repara

en ciertas menudencias, te recomendaba á *Clarín* porque pensabas á gusto de ellos; y no reparaba Galdós que no eras más que un eco... en papel pautado. Por lo cual *Clarín* se olvidó de ti; y tú... empezaste á morderle... Eso no me lo niegues, porque aquí mismo...

—Bueno, bueno; esas son cuentas mías. Yo podré tener mal carácter y carecer de chispa, pero soy instruido, como Menéndez Pidal... y, sin firmar, me burlo de todo un Giner, que es uno de los pocos sabios que tenemos, y tomo á risa los estudios superiores que explican hombres como Menéndez y Pelayo, Simarro, el insigne Cajal, á quien Europa admira... Conque ya ves si valgo. Y, además, le he dado un bombo al rey Alfonso XII y otro á Don Alfonso XIII, que es como girar una letra contra el porvenir. Y la cobraré; ya lo creo. Hablo mal de Cánovas y de los carlistas, pero soy reaccionario... y medraré. Claro; insultando á los pensadores independientes y llamándolos alemaniscos en cuanto saben de las *primeras de activa*, que yo cultivo, exclusivamente, para no cometer anfibologías... En fin, tú déjame á mí.

Lo que me irrita es que defiendas á *Clarín*, porque te tiene por gracioso, simpático y hombre sin hiel. Y en cambio olvidas que te cogió lo de *banal*, que es terrible.

—En cambio no replicó, ó como se diga, á lo del patio en que hay calabozos.

—Porque no quiso. La plaza que tú sacaste á ídem (chiste gedeónico) no tiene nada que ver. La plaza, en cuanto *lugar ancho y espacioso*, tampoco tiene casas, y la plaza en cuyo concepto entran también las casas es una especie de calle, y en la idea de calle entra por definición la de casas, y por extensión otras cosas, como árboles. En la idea de patio no cabe la de calabozo.

—Bueno; pero yo por algún lado había de salir... del calabozo. Y me consta que *Clarín* no da importancia á estas pequeñeces, y las recordó sólo por tus famosas rodillas y mejillas...

—Pues yo te digo que ni *Clarín* ni San *Clarín* me quitan á mí la conciencia de que sé, de que valgo, de que no soy un chico adocenado.

—¡Si *Clarín* tampoco piensa eso! Vales algo; pero eres antipático, *sinuoso*, que es todo lo contrario de *Sinesio*. Has leído á *Baralt*, pero no tienes *vara alta* en la crítica. Además, dice *Clarín* en *La Saeta* que por qué te tienes por *gente nueva*, siendo *gente... inédita*.

Clarín.

TRISTEZAS DEL BIEN PERDIDO



—En esta alfombra ha pisado ella, de este aire ha respirado ella, en ese cajón tenía yo los cuatro mil duros que se ha llevado ella...

¡Á buena hora!



—¡No se muera usted sin ir á Madrid! ¡No se muera usted sin ir á Madrid! ¿Y qué he adelantao yo con venir á Madrid, si pa mí el mujerío como si estuviera pintao?

La experiencia.

I

—¿Está visible el demonio?
—Siempre lo está. ¿Que querías?
—Hablarle. —Está prohibido.
—¡Es de importancia grandísima lo que tengo que decirle, y me corre mucha prisa!
—Bueno, pasará recado; espera junto á esa hornilla.

II

—Pasa, pollo. ¿Por qué causa te condenas? —Por suicida.
—Bueno, pues á la caldera número diez, fila quinta.
—Ya lo sé, pero no es eso lo que quiero que me digas.
—Pues ¿qué és? —Que me des permiso para volver á la vida.
—No puede ser. —Es que acaso, si me dejas quince días, vuelva trayéndote un alma.
—¿De quién? —¡Tomal de una chica que de seguro no hay otra en el mundo más bonita.
¡Con unos ojos, y un talle!...
—Bueno, y ¿qué móvil te guía?
—La venganza. Yo por ella me he colgado de una viga, y deseo que me pague semejante tontería.
Es traidora y es coqueta ¿sabes? y con sus sonrisas dulces y con sus palabras cariñosas y atractivas me ha engañado un par de meses fingiendo que me quería.
Yo, al comprender el embuste, loco de dolor, de ira, me eché un nudo corredizo, y aquí estoy, á que me frían.
—¿Cuál es tu plan? —Muy sencillo. Con la experiencia adquirida, volver, afectar olvido, asediarla, perseguirla con obsequios y promesas hasta lograr la conquista, y arrastrarla hacia el pecado, y abandonarla en seguida.
—No está mal. Y tú ¿qué ganas?
—Vengarme, que es mi delicia.
—Anda y cuenta con mi ayuda.
—Gracias, no se necesita.

—¿Tú aquí ya? ¡Qué pronto vuelves!
—¡Y con las manos vacías!
—¿No traes el alma? —Se queda tan satisfecha allá arriba.
—Y tú ¿qué has hecho? —¿Yo? ¡Nada!
¡Me he colgado de otra viga!
—¿Por otra mujer sin duda?
—Por otra no, ¡por la misma!

Sinesio Delgado.

SILVERIO PITA

Sé que nació en Alcorcón,
un día que hubo ciclón.
Sé que le llaman Silverio,
y en él he visto el misterio
de la predestinación.

Siendo aún niño, en su poblacho
hizo un drama (un mamarracho
que entusiasmó á su papá)
y todos tuvieron ya
por un portento al muchacho.

Hoy á escribir tonterías
le alientan sus enemigos,
y escribe todos los días,
en lugar de vender higos
ó curar caballerías.

¡Válgame la Santa Cruz,
y qué de dramas inventa
Ya tiene escritos cuarenta

y otra vez va á dar á luz,
pues ya está fuera de cuenta

Su taller ha establecido
en un cuarto reducido,
cuyas baldosas, por cierto,
Silverio Pita ha cubierto
de estera de su apellido.

Flaco está como un fideo.
No es raro que eso le pase,
pues nunca estrena, yo creo,
sin que le den un pateo
de los de primera clase

Un día, entre bastidores,
le dije, sin darme cuenta,
que entre los espectadores
jamás hay reventadores...
¡y por poco me revienta!
pues se tiene el muy melón

por otro Ramos Carrión,
y á sus estrenos brillantes
no sabe por qué razón
no acuden más que silbantes.

Ha errado Pita el camino,
y no le deja el destino
gozar de un éxito bueno.

¡No se me olvida el estreno
de su último desatino!

Era un drama de cuartel
filosófico-cruel,
titulado *La ordenanza,*
ó *el primer arresto del*
cabo de Buena Esperanza.

La silba fué superior.
La obra acabó á patatazos,
maldijeron al autor...
y no le hicieron pedazos
por milagro del Señor.

Cuando, de amargura lleno,

á su hogar se dirigía
(¡oh casualidad impial!),
oyó el pito del sereno
y el silbato del tranvía.

Y hasta, cuando ya se hallaba
en la cama con su esposa,
oyó un ruido que aterraba.
¡Era el viento que silbaba
de una manera espantosa!

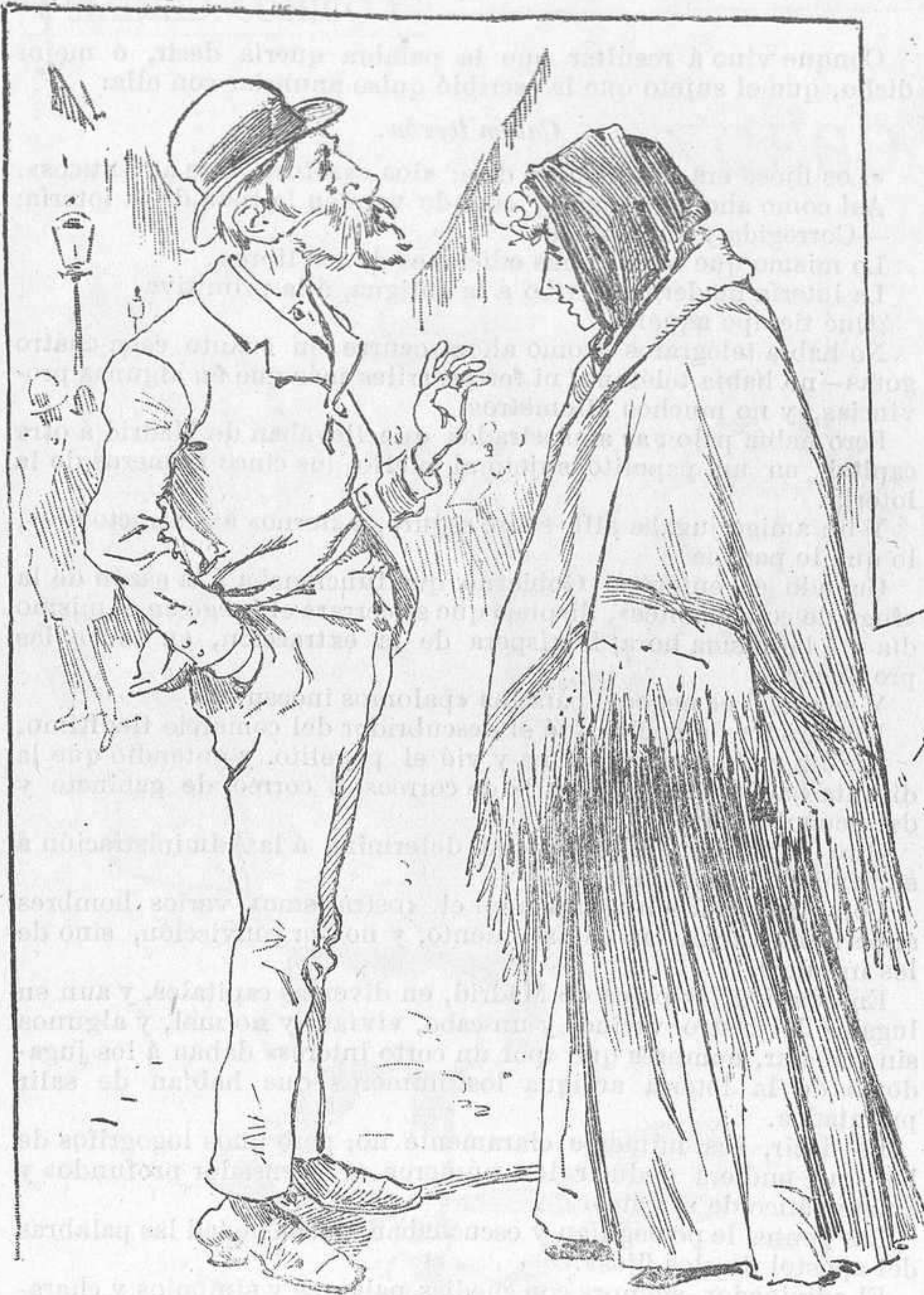
Entretanto, á Pantaleón
(el menor de los bebés
de Pita), por ser llorón,
su ama Rita, en un rincón,
le daba de puntapiés.

Y al saber lo que la Rita
hizo á la criaturita,
dije yo:—¡Por lo que veo,
no hay obra del pobre Pita
que se escape sin pateo!

Juan Pérez Zúñiga.



VARIEDADES



—Tú subes otra vez, dices que tu marido está en la agonía y que no admite espera, que si te dan la peseta para caldo bien, pero que si no... subirá él á pedirla.



—Pues hija, yo pienso decirle que si, porque en el matrimonio no hay que pensar; con esto de la guerra de Cuba...



—¿Vamos tras ella?
—¡Hombre! ¿Los tres?
—¡Anda! ¡si creerás tú que se va á asustar por eso!



—¡Entra en el tres duplicado cuando cree que yo he salido!
¡Ay! si fuera su marido me habria desesperado.



—¿Qué diablos llevas debajo del gabán?
—Otro, por si me quitan éste.

EL CRISTO MILAGROSO

En la principal capilla de la parroquia de un pueblo, cuyo nombre influye poco en la verdad de este cuento, un Cristo se veneraba desde antiquísimos tiempos. Era allí tradicional que en los casos más extremos de epidemias ó sequías era infalible remedio sacar aquel santo Cristo en procesión por el pueblo; habiéndose dado el caso fenomenal y estupendo de salir la rogativa sin una nube en el cielo y comenzar á caer chaparrones al momento. Así es que, estando probado que era infalible el efecto, á la función con paraguas iba el acompañamiento. El vecindario, del Cristo no abusaba por supuesto, reservando su influencia sólo para el caso extremo de apuros improrrogables ó de peligros tremendos. Y bien pronto, por desgracia, encontré en uno de ellos, pues en pertinaz sequía transcurrió todo el invierno, y estando en el mes de Mayo sin llover desde el de Enero, encontrábanse los campos casi totalmente secos y en grave peligro la cosecha de todo el término, si la bienhechora lluvia no la salvaba al momento. Pero al ver que no venía y que no cambiaba el tiempo, decidieron los vecinos buscar el solo remedio

sacando el Cristo famoso en procesión por el pueblo, y tras de la santa imagen religiosamente fueron todos, entonando humildes cantos, súplicas y rezos. Y aunque el sol era esplendente y aunque estaba raso el cielo, apenas el Santo Cristo salido había del templo, cuando allá en el horizonte apareció un punto negro que rapidísimamente se fué extendiendo, extendiendo hasta eclipsar pronto el sol y tapar después el cielo. Se vió un intenso relámpago, oyóse un horrible trueno y se cambió la esperanza de los vecinos en miedo. Quisieron emprender todos rápidamente el regreso á la iglesia, mas la nube formada no les dió tiempo, y en las casas más cercanas presurosos se metieron, cegados por los relámpagos, atontados por los truenos y temblando ante las iras deshechas del firmamento. El agua cayó á torrentes, se anegaron los terrenos, arrastrando el vendaval cosecha, yuntas y aperos; y cuando ya el vecindario, después de apuros muy serios, logró llegar á la iglesia, al ver la imagen ya dentro, le dijo al Cristo el alcalde, con gran falta de respeto: «Señor, parece mentira que no sepas el proverbio que dice que *la virtud está en el término medio*».

Picardo Monasterio

Los hijos.

Era una de las carreras que podía seguir la juventud. Empezaba en la infancia. Era carrera de velocidad para chiquillos, adolescentes y jóvenes del sexo fuerte. Los «fijos», según los pregonaban los vendedores, eran los cinco números que en sorteo salían del bombo en la lotería antigua. En cuanto terminaba la extracción oficial en el edificio dicho de «los Consejos», en Madrid, salían corriendo como desesperados por esas calles sinnúmero de muchachos y zánganos mayores que llevaban en la mano puñados de papelitos con los cinco números, del 1 al 90, que entraban en suerte, y habían sacado del bombo manos inocentes. Las de algún niño del Hospicio. Los vendedores no tenían que pagar como ahora en la imprenta dos ó tres reales por cada «veinticinco» de listas de la lotería. Ellos mismos, ó los más instruidos de entre ellos en «matemáticas», escribían con lápiz los cinco números que habían salido del bombo oficial, salvo ligeros errores de copia, en cada tira de papel. De suerte que la tirada era muy económica para los vendedores. —¡Á chavito los fijos de la lotería, á chavo! Así, así los pregonaban en idioma entre árabe y tagalo. Cualquiera extranjero no muy conocedor de nuestra lengua, que oía vocear á la turba de chiquillos y mozos, algunos en mangas de camisa y descalzos de pie y pierna, corriendo sin poder detenerse: «¡Á chavito los fijos de la lotería, á chavo!», se quedaba en ayunas, sin entender palabra. Como aquel sabio de no sé cuál nacionalidad que leyó en una caseta de las afueras de Madrid:

Kalenteron.

Consultó con otros sabios indígenas, y todos juntos visitaron el sitio y leyeron y examinaron la palabra.
—Eso es árabe puro—sostenía uno de los sabios.
—No es sino hebreo—corrigió otro.
—Para mí, es fenicio y muy fenicio—objetó otro.

Conque vino á resultar que la palabra quería decir, ó mejor dicho, que el sujeto que la escribió quiso anunciar con ella:

Cal en terrón.

«Los fijos» era como quien dice: «los exactos», «los auténticos». Así como ahora pregonan, cuando venden la lista de la lotería: —Corregida y aumentada. Lo mismo que las últimas ediciones de los libros. La lotería moderna derribó á la antigua, á la primitiva. ¡Qué tiempo aquél! No había telégrafos—como ahora ocurre en cuanto caen cuatro gotas—no había teléfono, ni ferrocarriles más que en algunas provincias, y no muchos kilómetros. Pero había palomas amaestradas que llevaban de Madrid á otra capital, en un papelito sujeto al cuello, los cinco números de la lotería. Y un amigo jugaba allí, sobre seguro, á «terno» á «extracto fijo», lo que le parecía. Cuando se enteró el Gobierno que funcionaba á la sazón de la «fuga de consonantes», dispuso que se cerrara el juego en el mismo día y á la misma hora, la víspera de la extracción, en todas las provincias.

Y se acabó el negocio para los «palomos inocentes». Un cazador de afición fué el descubridor del comercio ilegítimo. Un día mató á una paloma y vió el papelito, y entendió que la difunta había sido funcionaria de correos, ó correo de gabinete y delincuente honrada.

Otro descubrimiento análogo determinó á la Administración á suprimir la lotería antigua.

Con ella quedaron también en el «ostracismo» varios hombres superiores, cabalistas de nacimiento, y no por convicción, sino de los incautos.

En los barrios bajos de Madrid, en diversas capitales, y aun en lugares de cuatro vecinos y un cabo, vivían, y no mal, y algunos sin trabajar, hombres que «por un corto interés» daban á los jugadores de la lotería antigua los números que habían de salir premiados.

Es decir, los números claramente no; pero unos logogifos de los que pudiera deducir los números el «pensador profundo» y «matemático de remate».

Las gentes le perseguían y escuchaban con ansiedad las palabras del apóstol de «los fijos».

El adivinador, siempre con medias palabras y símbolos y charadas, hablaba á los «suscriptores», y ellos deducían lo que les parecía indudable de la oración del tunante, hablando sin agraviar.

—Hoy he tenido dos noticias en una carta con fecha 10; pero retrasadas dos días...

De estas palabras sacaban los cabalistas: —Dos noticias. Hoy 22... luego 22 y 2 son 24. En una carta con fecha 10, son 11, pero ¿con dos días de retraso? Pues son 13.

Y así sucesivamente. Que el mago estornudaba tres veces seguidas. Jugaban el 3 á «extracto fijo».

Pagaban generosamente al sabio. Y cuando no acertaban, ó ellos mismos creían que era suya la culpa por no entender bien, ó el adivino les decía:

—Pues hijos, más claro ni el agua. ¿Dos cartas con retraso de dos días y fecha 10? Pues diez menos cuatro son seis.

—Es verdad—afirmaban los animales, y volvían á consultar al *sibilo*.

No hay para qué decir que como en alguna ocasión acertaran ó inventaran los números y recogieran un premio, festejaban al adivino del distrito, ó del barrio, ó del partido judicial, y le suplicaban que no los desamparase.

Y el mago comía y bebía y se divertía á costa de sus clientes.

La supresión de la lotería primitiva perjudicó á sinnúmero de personas honradas, como ustedes ven.

Aquello era un gusto.

Un divertimento inocente y un negocio para el Tesoro, según se había descubierto.

Y moral, muy moral, sobre todo.

Eduardo de Palacio.

La mayor calamidad.

Prohibió *La Pasionaria* el *mairé* de San Sebastián, y el de Palma va y ¿qué hace? por no ser menos ni más, prohíbe *María Rosa*, *Juan José*, *El señor feudal*... ¡y no prohíbe la Biblia por una casualidad! Á mí también me ha cogido el chubasco general, porque, según el *Heraldo*, la municipalidad de Pamplona ha prohibido, con energía tenaz,

mi parodia *Miss' Erere*, que se iba á estrenar allá, y ha habido multas y líos y disgustos... ¡y la mar! Dicen que mi obra resulta muy *ligera*... ¡Voto á tal, que si por la ligereza se acostumbra á juzgar y á suspender, no quedaba en Pamplona un concejal, ni un inspector, ni un alcalde, ni ninguna autoridad, porque con más *ligereza* es muy difícil obrar!

EXCESO DE CELO



—El se oculta y se tapa.
¿Qué llevará debajo de la capa?



—¡A ver! ¿qué es eso?
—¿Desea usted la Marsellesa, el himno de Riego ó la marcha de Cádiz?

Miss' Erere ha recorrido casi toda España ya y nadie le ha puesto sello de *ligera* ni inmoral. Pero es que á mí los alcaldes me tienen rabia quizá por la parte que me toca en la popularidad del *alcalde de Pucela*, que es un hermoso ejemplar de alcaldes brutos... ¡y es claro, la *clase* lo lleva á mal, y al ver *Los africanistas* se ofende su dignidad! Pero, en fin, yo estoy contento

porque así ocasión em dan para juntarme con Cano, con Dicenta y Guimerá y con otros mil autores que han sido víctimas ya de *alcaldadas* semejantes, y, entre todos, elevar una exposición pidiendo, como medida eficaz de buen gobierno, que al punto se supriman *de verdad* los alcaldes, cosa inútil y muy costosa además, ¡y que es, para muchos pueblos, la mayor calamidad!

Gabriel Merino.

CHISMES Y CUENTOS.

Yo no quiero ofender á nadie, pero... no puedo menos de advertir á algunos de mis lectores que la obra *España al terminar el siglo XIX* empieza como casi todas las del mundo: por el principio.

Dígolo porque algunos de los nuevos corresponsales, que son muchos, á Dios gracias, á quienes remitimos los números publicados anteriormente, nos escriben diciéndonos que el público no los quiere tomar... porque son de fecha atrasada.

De modo que hay varios apreciables sujetos que empiezan á formar la colección del libro por la página 17 y se quedan tan frescos.

Hay que advertir que precisamente para favorecer la susodicha formación de colecciones hemos *puesto* los números atrasados al mismo precio de los corrientes, perjudicándonos no poco, que hemos hecho con el mismo objeto nuevas tiradas de los primeros suplementos y que procuramos, en fin, dar todo género de facilidades al público para que nadie tenga la obra incompleta.

¡Pues como si no!

Y aparte de eso, de la actualidad de MADRID COMICO me río yo, puesto que no hemos publicado un solo despacho de Cuba, y lo mismo puede leerse un número ahora que dentro de seis meses.

Pero hay mucha gente un tantico corta de alcances en este pícaro mundo. Y allá, cuando pasen un par de años, nos pedirán los primeros números... cuando no podamos servirlos.

Ha publicado otro libro mi amigo Felipe Pérez, que escribe todos los días más que el Tostado en dos meses. El tomito, que es precioso, lleva por título *¿Quieres que te cuente un cuento?* ¡Pues allá va un cuento!, y que tiene gracia no hay por qué decirlo. ¡Felipe la tuvo siempre! pero gracia de la fina que encanta, arroba y suspende. Sospecho que ha de agotarse la edición rápidamente, porque... yo, en una semana, ¡lo he leído cuatro veces!

El *Heraldo* ha tenido la feliz idea de publicar una lista de las reclamaciones presentadas al Gobierno de los Estados Unidos por súbditos norteamericanos, en demanda de que España les abone ciertas cantidades como indemnización de los perjuicios sufridos en sus personas y propiedades á causa de la guerra.

En la lista no figuran las cantidades menores de cincuenta mil duros, que es de suponer que sean innumerables, y el total de las que exceden de esa cantidad asciende hasta la fecha á nueve millones de duros.

Que se pagarán á toca teja, porque ya ha quedado sentado estos días que la prosperidad de las naciones civilizadas estriba en unir á su debido tiempo las acciones bélica y diplomática.

Y para nosotros ya se sabe que la acción diplomática consiste en dar dinero á todo el que lo pida.

De modo que para conseguir la *paz honrosa* haremos un tratado comercial ventajosísimo para nuestros aliados, concederemos una autonomía amplia á las provincias rebeldes y... *abriremos* los oportunos expedientes para repartir unos cuantos millones entre los pobrecitos damnificados.

Esta última parte pudiera haberse evitado pasando por las armas á todos los súbditos extranjeros que tomaran parte más ó menos activa en nuestras discordias civiles, puesto que, no existiendo el sujeto, holgarían

las reclamaciones; pero ya que no hay más remedio que aceptar los hechos consumados, todo lo más que se puede hacer es dar largas al asunto.

Hasta que se le ocurra á un ministro de Estado resucitar los expedientes, demostrar que lo que se pide es de justicia y... pagar los intereses de demora.

Eso se hizo con los simpáticos herederos de Mora (que así se lo hayan gastado en botica), y aquella debilidad fué la base de todas las imposiciones y exigencias siguientes.

Lo chusco es que, después de concedidas todas esas gangas, la guerra seguirá como hasta ahora.

Y si no, al tiempo.

Una de las reclamaciones chuscas es la de un Sr. López, cuyo apellido indica su abolengo yankee, que pide cien mil duros por la muerte de un hijo.

¡Poco valía, en opinión de su señor padre, el hijo del bueno de López! Y como no hay ningún nacido que crea que un hijo no vale más que cien mil duros, habrá que creer que el Sr. López sabe positivamente que no tiene razón alguna para pedir esa indemnización.

Pero aprovecha las circunstancias para estafar á la madre patria.

Ya se han hecho públicas las negociaciones seguidas entre los Gobiernos de Washington y Madrid sobre el apresamiento del *Competitor* que, como ustedes recordarán, conducía armas y dinamita para matar soldados españoles.

No las copio porque... me da mucha vergüenza.

Resulta de ellas que nos tratan á puntapiés y que nuestros dignos representantes dan las gracias encima.

Á lo cual llaman las personas sensatas *unir la acción diplomática á la militar*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. O. B.—Barcelona.—Recibí sus dos cartas, que le agradezco infinito. He tenido que retrasar el viaje á Barcelona por unos días, pocos.

El Curioso.—La sección que indica sería curiosa, pero la ejecución difícil por razones especiales de redacción que siento no poder explicarle.

Cincinnati.—Inocentitas ambas.

Cascarrabias.—Asonancias innumerables, consonantes que no deben serlo, y asunto completamente insignificante. Eso es lo que tiene la fábula.

Espartaco.—Mande de nuevo firmada la anacreóntica.

Sr. D. F. F.—No hay colecciones completas, porque faltan algunos números de los primeros años. Se venden al precio de suscripción, ó sea ocho pesetas tomo.

El chiquito de Valladolid.—Pero si son serios y vulgares, ¿qué quiere usted que le hagamos?

Bibilis.—Pero, hombre, *completas* no es asonante de *visperas*, á no ser que se diga *vispéras*, lo cual sería un atropello.

¿Cuál?—Vamos de mal en peor; porque ahora hay más versos cojos que antes.

Tirso.—Ya lo creo que la idea es buena, pero su realización es absolutamente imposible, porque tengo tanto que hacer...

P. P. J.—No es malo el asunto. Pero la forma es bastante endeble.

Q. K.—¡El Señor, Dios de los ejércitos, le conserve á usted la picadial *Un joven que empieza*.—Y que empieza por creer candorosamente que *cántabro* y *cántaro* son consonantes.

Sansone e Dalila.—Esos sonetos, imitación del clásico que empieza:

«Un soneto me manda hacer Violante,
están muy pasados de moda. ¡Se han hecho tantos!

Un civilista.—El cuento es viejo y los versos son muy medianos. Pa recen coplas de las que cantan los protagonistas.

Un sastre.—Voy á publicar el principio, á ver si hay algún cristiano que opine que se puede hacer algo bueno por ese camino:

«Una tarde
de verano
que feliz fué
para mí
cuando te dije
me quieres
y me contestaste sí.»

Lo cual que son unos octosílabos disimulados que ¡me río yo!

Trompetón.—Se agradece el aviso. ¡Hay muchos pájaros de la misma cuenta!

Sr. D. E. M.—Gracias por sus cariñosas observaciones.

Camarón.—¡Hombre! ¡eso es verdaderamente bonito!

«Los habitantes
de los Estados Unidos
son unos cesantes
que se llaman bandidos...»

Eso de llamar *cesantes* á los yankees les va á irritar mucho.

¡Viva Español!

Pepito.—¿Sabe usted lo que le digo, compadre? ¡Que eso tiene gracia de veras! Aunque no me atrevo á publicarlo.

El padrino del nene.—Tampoco eso se queda atrás, pero también me la reservo para mí sólo, porque se iban á morir de risa los lectores.

Sr. D. E. C.—Lo que me parece es que sí resulta el efecto final, pero tiene en sí poco saliente.

Cebolleta.—Descuida usted la versificación más de la cuenta, porque el romance no puede ser más pedestre.

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS
POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA
Precio, 3 pesetas.

COSQUILLAS
POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA
Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO
POR JACINTO O. PICON
Precio, 3,50 pesetas.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

△ correspondientes y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

△ los correspondientes, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores correspondientes se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º